
Jesucristo

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8649

Título: Jesucristo

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de agosto de 2025

Fecha de modificación: 8 de agosto de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Jesucristo

Con el chaqué prendido hasta la barba, trasnochado y el paso recto, marchaba Jesucristo por la Avenida de las Acacias, quebrando inconscientemente una rama caída entre sus guantes gris acero.

El bosque estaba desierto, la noche finalizaba. Los árboles emprendían su tiritamiento en la madrugada lívida, sobre el galvánico resplandor de la gran ciudad, sobresaltada allá abajo en su nervioso sueño. Rodaba por el suelo una confusión de hojas secas que el viento arremolinaba, espiralaba, desparramándolas por los lagos helados.

Jesucristo marchaba con la cabeza baja. Sobre el pecho caía su rubia barba de israelita —cortada en punta— aún despeinada por los estremecimientos de las inolvidables agonías. Sus ojos, cargados de amor, no miraban. Su elegante silueta, oscilando por la avenida, adquiría —tras la bruma— el impreciso espanto de las forma sonambulizadas que caminan hacia atrás.

Tuvo en escalofrío. Alzó hacia el cielo su cabeza sobrehumana, y se internó en las alamedas laterales, congestionadas —allá a lo lejos— por una tardía aurora. Una blanca sombra desprendida desde el lindero le hizo dar vuelta la cabeza: sombríamente intercalada en una fila de árboles deformes que el encantador exotismo de un ministro trasplantara desde una remota península colonial, una cruz distendía sus brazos entre la floración de aquella savia grotesca, viciosamente contractada en dolorosas ampollas como un brazo que no se levantará más, reproduciéndose a lo largo de las ramas enflaquecidas, irradiando graves erisipelas, terminando —allá en el extremo— en una intensa

tumefacción de todos los tejidos que doblaba la savia como oscuros miembros mal amputados, de la cual el árbol entero —astringiéndose— parecía sentir la incalificable torpeza.

Elevaba sobre las inscripciones del pedestal la blancura de un Cristo moribundo, lleno de úlceras y de resinas corroído por el ozono y las pedradas infantiles, perfilando en la luz naciente la retorsión de su interminable agonía, sobre cuya carne tragedizada la madrugada lívida comenzaba a sudar.

Una ráfaga de viento vino de lejos azotando los árboles, levantó un remolino de hojas, giró llena de polvo, pasó.

Jesucristo miraba siempre; con lenta curiosidad, pronto el monóculo, acercó sus pasos a la cruz de mármol, hundido de lleno en el recuerdo solevantaba un peso imaginario con sus hombros de forzado.

Pasó una segunda ráfaga. Sus cabellos se enmarañaron, bajo la mano enguantada que les sostuvo. Sonriendo, púsose a contemplar ese símbolo de su antigua derrota.

* * *

Hijo de oscuros plebeyos, exacerbada su juventud por una repentina vocación de apóstol, se veía rodeado de pescadores y nazarenas a quienes explicaba modestamente la Teoría de los Humildes, predicando la buena nueva en una boda de Canaan, con su mirada triste de renunciado.

Después era el doloroso peregrinaje de tre años, lleno de santa paciencia bajo el cielo hostil de la Palestina que huracanaba sus palabras —su buena palabra de bondad—; codeado, repelido, azotado, su infinito amor sembraba la semilla redentora, era besada su oscura túnica, eran ungidos sus cabellos, marchaba amorosamente al desastre, con sus pobres pies heridos sobre los que María Magdalena lloraba silenciosamente. Más tarde, se veía de nuevo con la cruz al hombro entre una incesante rechifla de galileos, sistolizaba su corazón un pensamiento de duda, ascendiendo un martirio

que desplomaba sus espaldas en la imprevista visión de un gólgota sobrehumano.

Y luego, sobre la cruz, era una heroica necesidad de triunfo que refrenaba sus gritos. Olvidado tal vez de su doctrina, quería ser victorioso. Ya, acaso, no era el predicador, era el hombre expuesto a al befa de diez mil mercaderes, calcinado sobre los insultos, ansiosamente espiadas las mínimas contracciones sufridoras de su débil contextuar, en que el orgullo iba midiendo su agonía, a las tres de la tarde.

* * *

A lo lejos, la ciudad despertaba.

Un sordo murmullo de eclosión venía de París, que el esfumino de un toldo de humo —glasgownando el paisaje— lapizaba tras las últimas alamedas. La bruma estaba disuelta; el cielo se abría en un claro de pálida extenuación.

Jesucristo miró todavía el Cristo de mármol, y una ligera sonrisa no pudo dejar de acudir a sus labios. En la cruda resurrección del pasado que llegaba a sus ojos, bajo el refinado petronismo de su existencia impecable, dilatábase el asombro, no para el esfuerzo, sino para la buena fe con que había cumplido todo aquello, la intensa necesidad de elevar al pueblo, le puro salvajismo de su sacrificio, con el Desastre final, tres horas de irretornable tormento que secaban su garganta, en la evocación de una agonía que pudo ser trágica y no fue sino bárbara.

* * *

Una claridad más intensa inundaba París. Apartó lentamente los ojos, en que un profundo violeta idealizaba la fatiga. En seguida, sin encogerse de hombros, prosiguió el camino estremeciendo en la marcha de sus largos bucles —última coquetería del pasado— sobre los cuales un rayo de sol, penetrando furtivamente por el ramaje, hacía juegos de luz.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)